





Elordi García Insausti

# IMPARABLE HASTA LA MÉDULA

*El cáncer como aprendizaje de vida*

LIBRO SOLIDARIO a beneficio  
de la Fundación Josep Carreras contra la leucemia



Ediciones Corona Borealis

*IMPARABLE HASTA LA MÉDULA. El cáncer como aprendizaje de vida*  
- Elordi García Insausti

Elordi García Insausti  
© 2021, Ediciones Corona Borealis  
Avda. Gregorio Prieto, 19 A  
29010 Málaga  
Tlf. 0034-951336282  
[www.coronaborealis.es](http://www.coronaborealis.es)

Maquetación editorial: Georgia Delena  
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-124241-6-4  
Depósito Legal: MA 1195-2021

Primera edición: noviembre 2021

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España



«Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso se trata esta tormenta».

*Kafka en la orilla*, Haruki Murakami.



# Índice

PRÓLOGO de D. Josep Carreras ..... 9

**Primera parte: MI VIDA CON CÁNCER ..... 13**

1. ¿De Madrid al cielo?..... 15

2. Burbujas estancas..... 27

3. La quimio no duele..... 39

4. Tortuga de tierra..... 51

5. El reflejo del espejo..... 59

6. Regalos de Navidad..... 63

7. Luces y sombras..... 77

**Segunda parte: UN TRASPLANTE DE VIDA ..... 83**

8. Libertad condicional ..... 85

9. Tiempo de descuento..... 95

10. Mi pecera..... 103

11. Renacer ..... 109

12. Victoria no resuelta..... 123

13. Una carrera de fondo..... 135

14. Ingreso sin fin.....	145
15. Soñando con nuevas luces.....	157
16. Tregua veraniega .....	163
17. Estela de la muerte.....	169
<b>Tercera parte: LA APUESTA POR LA VIDA .....</b>	<b>181</b>
18. Cual ave fénix.....	183
19. Cáncer en tiempos de coronavirus.....	191



# PRÓLOGO

## de D. Josep Carreras

No tengo ninguna duda de que la pasión es el motor que mueve el mundo y nos da el empuje y perseverancia para lograr nuestros objetivos, los éxitos personales y profesionales.

Con Elordi García, podría decir que comparto esta idea: ella, su pasión por el Periodismo y vivir para comunicar, y yo, la pasión por la música y vivir para cantar. Lo que nunca esperamos es que tendríamos que compartir la pasión por la propia vida cuando nos tuvimos que enfrentar a la leucemia.

La lucha contra la leucemia nos unió hace algunos años cuando Elordi, como periodista, me entrevistó con motivo del 30º aniversario de la Fundación Josep Carreras. Una entrevista que, realmente, fue una cálida conversación entre dos personas que habíamos vencido a la enfermedad y estábamos llenos de agradecimiento y con el deber de aportar nuestro testimonio a la sociedad.

Y es que las vivencias que tenemos cuando nos enfrentamos a una leucemia, no solo pueden formar parte de la memoria individual, sino que merece la pena que formen parte de la memoria colectiva compartiéndolas para informar, concienciar y, en muchas ocasiones, dar

aliento. Y si, además, tienes el talento para expresar y compartir esas vivencias con la emoción y sensibilidad con que lo hace Elordi, todo cobra más valor.

Es por esto por lo que al recibir su manuscrito de *Imparable hasta la médula* supe que estaba ante un proyecto que iba a ser, con toda seguridad, emotivo -por tratarse de su testimonio personal-, pero, sobre todo, supe que iba a ser útil a la sociedad por su maestría a la hora de comunicar.

Un viaje desde el diagnóstico pasando por muchos de los interrogantes a los que nos enfrentamos cuando tenemos esta experiencia que agita de manera garrafal a nuestras vidas. Y no solo a la nuestra, sino también a la vida de nuestro entorno, porque la leucemia es una enfermedad con un impacto multidimensional, y este libro es testimonio de ello.

Recuerdo que, cuando hablaba con Elordi en aquella entrevista, no podía evitar sentir una enorme gratitud al ver que proyectos como el Registro de Donantes de Médula Ósea, que impulsamos desde la Fundación para encontrar donantes de médula ósea no emparentados, había permitido a personas como Elordi ser trasplantada y, ya recuperada, poder compartir juntos ese instante. Y sé que esa gratitud también es mutua, pues Elordi siempre ha estado al lado de la Fundación y es un privilegio tener un espacio en este libro para difundir, desde su experiencia, los proyectos que desarrollamos a favor de la investigación y apoyo al paciente.

Como pasa en la ópera *Carmen*, en un momento de mi vida me lanzaron una flor que siempre he interpretado como una oportunidad para dirigir mis esfuerzos hacia un nuevo camino y el objetivo más deseado: la curación definitiva de la leucemia. Esta es la pasión que nos mueve desde la Fundación Josep Carreras que, con perseverancia, dedicación, tenacidad, y junto a personas solidarias como Elordi García, sumamos pasos para seguir avanzando y conseguir que, algún día, esta enfermedad sea curable en el cien por cien de los casos.

Con la adquisición de este libro tú también estás colaborando con esta pasión y acortando la distancia que nos separa de la curación.

Gracias por hacernos imparables contra la leucemia.

Afectuosamente,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Josep Carreras', written in a cursive style.

Josep Carreras  
Presidente de la Fundación Josep Carreras



Primera parte:

**MI VIDA CON CÁNCER**



## 1. ¿De Madrid al cielo?

Hay escalofríos capaces de atravesar el alma. Aparecen de improviso y abastecen de incertidumbre y miedo los retales de una vida elegida al azar. El 8 de diciembre de 2013 escogieron la mía. Sentí sus dentelladas mientras una doctora me hablaba de sangre emponzoñada en el hospital Fundación Jiménez Díaz de Madrid.

—Tu analítica nos hace pensar que puedes tener leucemia. —Pronunció la frase con dulzura, como si las formas pudieran apaciguar la embestida.

—¿Leucemia? —repetí escéptica.

Un temblor inusual en las cuerdas vocales reflejó de inmediato la conmoción que me provocaba reproducir aquellas tres sílabas.

—No puede ser —recalqué, casi en susurros, mientras mi cabeza desechaba con movimientos reprobatorios un diagnóstico que inevitablemente cambiaría el rumbo de mi vida.

Había llegado a Madrid doce años antes con una maleta repleta de sueños teñidos de ambición que arrastré desde el País Vasco. La gran urbe no tardó en cautivarme y me sumé al frenético ritmo que se respiraba en sus calles sin apenas darme cuenta. Era una cadencia muy distinta al pulso habitual del valle en el que nací, un entorno natural de verdes prados y caseríos situado a las puertas del Parque Natural de

Aralar, una de las áreas montañosas más importantes de la provincia de Gipuzkoa. Mis raíces seguían latentes a los pies de la sierra, en un pueblecito llamado Lazkao, mientras me perdía a cientos de kilómetros de allí entre la multitud de una ciudad que me resultaba extrañamente acogedora. Ambas realidades, a pesar de ser muy distintas, se conjugaban en perfecta armonía dentro de mí.

La capital que Joaquín Sabina retrató como «invivable pero insustituible» se me antojaba llena de promesas para dar rienda suelta a mis ilusiones y un buen punto de partida para ampliar mis horizontes como periodista. Pero, como cualquier cambio que se precie, también requería ciertos sacrificios. Tuve que renunciar a mi puesto como locutora en una emisora de radio en el País Vasco para emprender un nuevo camino que orientara mis pasos hacia el mundo de la televisión. Siempre había aspirado a ejercer mi profesión delante de las cámaras y «allá donde se cruzan los caminos, donde el mar no se puede concebir y el sol es una estufa de butano» encontré un máster que podría servirme de catapulta, uno de los primeros enfocados al periodismo televisivo.

Absorbí el contenido de cada clase, cada charla y cada taller casi con premura para poner en práctica la teoría cuanto antes y convertirme en parte fundamental de un entramado hasta entonces desconocido para mí. Resultaba imprescindible dominar las fases de gestión de las noticias, desde la obtención de una información a la puesta en antena, pasando por la grabación y edición de imágenes. El eje de todo aquel despliegue estaba en Telemadrid, cadena en la que realicé las prácticas durante el verano. Trabajé de lunes a domingo durante tres meses por elección propia. No quería desperdiciar la oportunidad de demostrar mi valía, y asumí un puesto de redactora en informativos y otro en un programa cultural por si hubiera posibilidad de formar parte de alguno de los dos equipos una vez terminado el máster.

Desempeñaba mi labor con la ilusión de una veinteañera decidida a perseguir sus objetivos mientras escrutaba mis reportajes y noticias con una mirada crítica que me ayudaba a obtener mejores resultados



cada día. Enfrascada en esa espiral de trabajo, me sorprendió la tragedia del 11 de septiembre.

—¡Se acaba de estrellar un avión contra una de las Torres Gemelas de Nueva York! —gritó alguien en el comedor.

Dejé mi plato a medias y subí desconcertada a la redacción, envuelta en un revuelo inusual a pesar de que todo parecía indicar que se trataba de un fatídico accidente. Aun así, se empezaron a movilizar los recursos necesarios para poner en marcha un especial que diera continuidad a las noticias del mediodía. Las cámaras de televisión estadounidenses retransmitían en directo la humareda que había provocado la colisión cuando presenciábamos atónitos el impacto de un nuevo avión de pasajeros contra la segunda torre. Se hizo un silencio sepulcral que apenas duró unos segundos. El tiempo necesario para digerir las imágenes y asimilar que estábamos ante un atentado sin precedentes. Después llegaron las voces, el cruce de papeles, los nervios, las órdenes confusas y hasta algunas lágrimas envueltas en prisas. Cuando los emblemáticos rascacielos se derrumbaron ante nuestros propios ojos fuimos conscientes de la envergadura real de aquella masacre.

Fue una jornada maratoniana para los medios de comunicación. Para mí, un día lleno de emociones contrapuestas. Trataba de digerirlas y, sin embargo, no hubiera querido estar en ningún otro lugar. Formé parte del equipo que retransmitió a los madrileños el mayor acto terrorista de la historia. Nunca pensé que volvería a vivir una situación semejante. Sin embargo, las sensaciones de incredulidad y desconcierto se repitieron el 11 de marzo de 2004, cuando varios trenes de cercanías de Madrid se convirtieron en objetivo de los yihadistas, provocando el atentado más sangriento del país a tan solo tres días de las elecciones generales. En aquel entonces, era redactora de informativos de la actualmente llamada CMM (Castilla-La Mancha Media). Entré a trabajar a las siete de la mañana y, media hora después, se produjeron las primeras explosiones en Atocha. El caos no tardó en envolver la redacción, a la que fueron llegando imágenes de gran impacto e informaciones confusas sobre una autoría politizada.

Hacia dos años que había entrado a formar parte de la plantilla de interinos de la cadena. La televisión autonómica de Castilla-La Mancha había iniciado su andadura seis meses antes de que yo pisara su sede y terminase mi máster. Me destinaron a la sección de Internacional, aunque de manera puntual también ayudé a cubrir noticias para las que se necesitaba apoyo, como la marea negra que el Prestige ocasionó en Galicia en octubre de 2002. No tardé en volver a mirar al mundo, especialmente a las Azores. En ese archipiélago, situado al oeste de Portugal, los mandatarios de Estados Unidos, Reino Unido y España fraguaron la invasión de Irak. Una aventura bélica que George Bush, Tony Blair y José María Aznar iniciaron bajo el pretexto de la existencia de unas armas químicas que nunca se llegaron a encontrar.

Bombas, asesinatos, batallas políticas, catástrofes naturales... suponían horas de trabajo y esfuerzo que quedaban resumidas en apenas un minuto. Píldoras informativas para las que desarrollé una increíble capacidad de síntesis a lo largo de los años en los que la ilusión se fue convirtiendo, poco a poco, en rutina. Comencé a sentirme encasillada, atrapada entre papeles e imágenes que recibía del exterior y a las que debía dar forma de noticia en un ordenador, y mis sueños de antaño volvieron a revelarse para romper las telarañas de mi zona de confort. Rescaté mis anhelos de ponerme delante de la pantalla, de comunicarme de frente con el telespectador. Un nuevo reto que veía factible gracias a la experiencia adquirida.

Verbalicé mis aspiraciones al director de informativos de CMM para que, en caso de surgir alguna vacante, me tuviera en cuenta. Pero aproveché también los tiempos muertos de los que disponía entre contrato y contrato para presentarme a los *castings* que organizaba ETB, la televisión pública vasca. En mi tierra me dieron la primera oportunidad no solo de aparecer en pantalla, sino de enfrentarme, además, a un gran público. Un torrente de adrenalina me inundaba cuando me dirigía al set instalado a los pies del Ayuntamiento de San Sebastián para presentar en directo el programa especial del cañonazo que daba comienzo a la Semana Grande, *Artillero 2005*. El vestido con vuelo verde botella

que la cadena había elegido para la ocasión me producía un ligero cosquilleo a la altura de las rodillas. Se movía al ritmo de mis pasos, pero también al son de la brisa del mar, mientras Haizea me daba los últimos retoques antes de que me colocaran el micrófono. Estaba a punto de ser la anfitriona de una de las celebraciones más importantes de la ciudad y cuando giré mi rostro hacia los abarrotados jardines de Alderdi Eder, me sumé a la alegría de todos los allí presentes. No habían ido a verme a mí, sino a celebrar el comienzo de las fiestas, y, sin embargo, mi puesta en escena iba dirigida a ellos y a los que desde sus casas nos verían en televisión.

La frescura con la que me desenvolví durante las horas en las que duró el programa y lo viva que me sentí antes, durante y después de aquel acto engalanaron mis sueños de certezas. Más aun cuando empezaron a llegar las felicitaciones de amigos y desconocidos. Fue el sumun de mis fantasías de adolescente, tan reales y factibles en aquel momento y durante la semana siguiente, en la cual presenté un especial de media hora relacionado con el concurso de fuegos artificiales de las fiestas. La felicidad que irradiaba esos días me empujaba a seguir diseñando mi futuro por derroteros similares.

Por tanto, cuando en CMM me ofrecieron una plaza fija, concentré mis esfuerzos en tratar de demostrar que era capaz de desenvolverme frente a las cámaras. Tardé un año en conseguirlo, a pesar de que asistí a varios *castings* de la cadena. Finalmente, me ofrecieron un hueco en el espacio del tiempo, y no quise desperdiciar la oportunidad. Aprendí a interpretar isobaras, a analizar los sistemas de predicción y a elaborar mis propios mapas con el mayor rigor posible, puesto que estaba en una comunidad en la que la agricultura tiene un papel destacado. Fue un primer paso que me abrió las puertas para presentar el informativo del mediodía y, posteriormente, un programa de tarde repleto de directos. Para el 2012 me había convertido en una de las caras de la cadena y el director me propuso presentar las campanadas de Nochevieja. Un privilegio que ni en mis mejores sueños podría haber imaginado. Vestida de gala brindé frente a los telespectadores desvelándoles mis deseos.

—Que sea un nuevo año lleno de paz, de prosperidad, de trabajo para todos y, sobre todo, de salud. ¡Que no falte!

No imaginaba entonces que sería precisamente mi salud la que diera la campanada del 2013, y que las grandes expectativas depositadas en el año que entraba se harían añicos antes de que terminase. Si tuviera que elegir un punto de inflexión antes de que un tsunami llamado leucemia arrasara con mi vida, lo colocaría en los meses en los que las hojas se desprenden de las ramas para cubrir el suelo de mosaicos de colores.

En otoño, el director general de CMM me propuso presentar un nuevo magacín matinal de un par de horas. La noticia me pilló desprevenida, pero, sin duda, era un nuevo reto profesional que fui incapaz de rechazar, aun sabiendo que podría alterar los planes del viaje a Martinica que estaba diseñando para diciembre con mi pareja.

Aitor empezó a formar parte de mi vida a primeros de año. Me atrajo enseguida su espontaneidad y su marcado acento francés, un idioma por el que sentía predilección y que estudiaba en mis ratos libres. Era un ingeniero con alma de artista, pues tenía un don especial para componer y tocar el piano. Enfrente del teclado, en su buhardilla, me reveló que incluso de pequeño prefería improvisar a seguir una partitura. Escuchaba sus melodías todavía envuelta en las sábanas y en su olor mientras me desperezaba deseando que esos minutos fueran eternos. Contemplaba la agilidad con la que sus manos se movían sobre las teclas, una especie de danza tan sutil como la que se producía cuando las acercaba a mi cuerpo, erizándome la piel. Un compás tras otro mostrando su ternura y su dulzura, de improviso una nota discordante y divertida, otra rebelde y pícara. Pero en aquella sinfonía también había acordes que mostraban incompatibilidades, que llegaron en forma de discusiones. La mayoría de las veces eran provocadas por nimiedades, pero les dábamos el valor suficiente como para hacer tambalear nuestra relación. De modo que, para relajar tensiones, decidimos regalarnos un viaje a Martinica, una isla del Caribe con toque francés, llena de contrastes y un clima tropical que nos alejaría del frío de las primeras semanas de diciembre.

La nueva propuesta laboral me alejó definitivamente de las exuberantes playas de las Antillas francesas. No podía plantearme unas vacaciones apenas dos meses después de empezar a presentar un magacín de entrevistas y actualidad. Pero no quise que Aitor renunciara al viaje por mí.

—Ve tú —le propuse—. Tus amigos estarán encantados de verte y seguro que te enseñan sitios increíbles.

—¡Pero cómo voy a ir solo! —me respondió un poco aturdido.

Sin embargo, aquella posibilidad comenzaba a tentarle cada día más, y los amigos que vivían en la isla terminaron de darle el último empujón. Se fue seducido por la idea de reencontrarse con ellos, mientras yo me quedaba trabajando lejos de las playas tropicales que tantas veces había visualizado. Aunque estaba convencida de que poner tierra de por medio nos ayudaría a aclarar los sentimientos en los que se sustentaba nuestra relación.

Una semana antes de que nos despidiéramos, comencé a encontrarme más cansada de lo habitual. Al principio, resté importancia a esa sensación de fatiga, que achaqué a mi ritmo de vida y al estrés que me ocasionaba mi dosis de exigencia diaria en el trabajo. Pero lejos de desaparecer, el cansancio se hizo un hueco en mi cotidianidad. Era, además, cada vez más recurrente y, a medida que avanzaban los días, más demandante. Hasta el punto de que tuve que empezar a reservar mi vitalidad exclusivamente para el programa en directo. A la debilidad que a toda costa intentaba disimular se fueron sumando otros síntomas, como molestias en las articulaciones y dolores musculares. De modo que tuve que quitarme la venda de los ojos para no seguir disfrazando de normalidad las pistas que el cuerpo me desvelaba.

—Tienes la espalda como una piedra —me aseguró el médico de cabecera—. Te voy a recetar un relajante muscular y te daré cita para una radiografía. Así podremos descartar que alguna de las vértebras esté pinzando un nervio.

Las pastillas que me recetó surtieron efecto tan solo durante los días en los que compaginé la medicación con sesiones de fisioterapia y acupuntura. Pero el alivio fue ínfimo. Los dolores eran cada vez más intensos, especialmente por las noches. Cuando cerraba los párpados y el cuerpo me pedía descansar, se agudizaban las molestias que fortalecían mi convicción de que algo no iba bien. Contrarrestaba las horas de insomnio pensando en Aitor y en las imágenes que me despertaban las palabras que me regalaba desde Martinica.

—Me gustaría bañarme abrazadito a ti en este mar, tomar el sol y unas copas en los restaurantes de la playa. Es una pena no compartir este viaje contigo. Pienso mucho en ti.

Lo sentía tan cerca estando tan lejos... Y aun así fantaseaba con arenas sedosas deslizándose entre mis pies y rayos de sol bronceándome la piel al son de ritmos caribeños. Un espejismo que se disipaba en cuanto un calambre de dolor me hacía volver a la realidad.

Subir hasta mi apartamento, un tercero sin ascensor, se había convertido en una pequeña penitencia. Los abductores chirriaban de dolor cada vez que intentaba elevar las piernas para alcanzar un nuevo peldaño, y tuve que ir añadiendo paradas en los descansillos para evitar quedarme sin aliento. Mi cuerpo parecía haber envejecido de repente, y no podía hacer caso omiso a las señales que me revelaba. Menos aun cuando, nada más empezar el puente de diciembre, me mareé en el supermercado. Mientras pagaba la compra, comencé a sentir sofocos. Un calor repentino en la cara y el cuello me provocó sudores fríos y una flaqueza que me obligó a pedir auxilio antes de desvanecerme. En el baño intenté recomponerme. Apoyé los brazos en el lavabo para respirar mejor antes de subir la mirada y contemplar mi reflejo en el espejo. Tenía la cara blanquecina y unos surcos oscuros alrededor de los ojos que me hacían parecer un oso panda. Volví a respirar, me mojé las manos bajo el grifo y me humedecí la frente y la nuca. El efecto balsámico del agua me aportó la fuerza necesaria para llegar a casa y abandonarme en el sofá.

No volví a salir ni ese día ni el siguiente, como si las paredes me protegieran del aliento tirano de los dolores que me atormentaban o,

simplemente, para tratar de huir de ellos y no enfrentarme al esfuerzo de subir las escaleras hasta un tercero. Pero esconderme no era la solución, y decidí dejar de autoengañarme y encaminar mis pasos hacia urgencias para descubrir por fin la causa de mis males. Aunque antes tenía otra cita a la que acudir. Aquel domingo, 8 de diciembre, había quedado para comer con mis amigas antes de que cada una de nosotras abandonara Madrid para celebrar la Navidad con sus respectivas familias.

Me preparé con esmero para la ocasión tratando de disimular todo signo de cansancio y rastro de dolor. Una sombra aquí y otra allá podían hacer milagros, al igual que la ropa. Me animé a sustituir el pijama por un vestido azul marino que se ajustaba perfectamente a mi silueta y las zapatillas, por unos tacones que estilizaban mi figura y me hacían contonear las caderas. Me miré en el espejo una última vez para cerciorarme de que mi aspecto no revelaba mi malestar, e hice un gesto de aprobación al comprobar que había logrado ocultar cualquier vestigio de que no me encontraba tan bien como aparentaba.

Me reuní con mis amigas en un restaurante cercano a Atocha. Las observé en silencio, orgullosa de haber conseguido cimentar las bases de una nueva familia tan lejos de mis raíces. Había vivido junto a ellas momentos únicos, incluso mágicos, precisamente porque cada una aportaba su color particular a ese arcoíris que habíamos creado. A Maite la consideraba mi hermana mayor. Una salmantina con nombre vasco capaz de poner cordura a mis locuras y cautela a mis impulsos. De tierras malagueñas traía Ana su dulzura y sensatez. Perfeccionista y detallista, su casa era el centro neurálgico de nuestros encuentros. Marta era mi compañera de batallas en el trabajo, mi apoyo y desahogo tanto dentro como fuera de la televisión. Juntas compartimos mesa, planes y risas aquel domingo. No sabía entonces que los propósitos de los que hablamos en la velada se quedarían suspendidos en el aire y que sería la última vez que las abrazara y besara durante mucho tiempo.

Cuando salimos del restaurante hacia las seis de la tarde, Maite se ofreció a acompañarme al servicio de urgencias de la Fundación Jiménez Díaz. A nadie le agrada ir al hospital, pero yo tenía auténtica fobia a

todo lo que tuviera que ver con agujas, médicos y centros de salud. Sin embargo, no podía obviar durante más tiempo la lucecita de alerta que parpadeaba en mi interior desde hacía semanas.

Maite y yo entramos con un nudo en la garganta, pero confiando en volver a casa con la solución a mis problemas. Tras esperar un buen rato, escuché mi nombre y me dispuse a entrar sola en la consulta que me habían asignado. La doctora, algunos años más joven que yo, distaba mucho de ser amable. A pesar de ello, me esforcé en explicarle mis síntomas con todo lujo de detalles. No parecía tomarme en serio. Ni siquiera estaba segura de que me hubiera escuchado.

—Tienes que seguir tomando relajantes musculares —dijo sin levantar la mirada de los informes que tenía sobre la mesa.

—Le he dicho que los relajantes no me están ayudando —repetí su-  
biendo un poco el tono—. ¡No me iré de aquí hasta saber lo que me pasa!

Fue la primera vez que se dignó a mirarme, supongo que para calibrar cuán firme era mi decisión de no moverme de allí sin que me hicieran un examen más exhaustivo. Escrutó mi determinación durante unos segundos, murmuró algo ininteligible y salió de la consulta sin dar ninguna explicación. No me inmuté; seguí sentada esperando que alguien me diera respuestas. Minutos más tarde volvió a aparecer junto a otra doctora, que al menos dio muestras de interesarse por cómo me encontraba.

—Vamos a hacerle una analítica de sangre para ver si podemos deducir algo de los resultados —me dijo, tranquilizadora.

En cuanto me hicieron el análisis me reuní con Maite en la sala de espera y enseguida nos enfrascamos en una amena conversación sobre los planes para el año siguiente hasta que tanta espera comenzó a inquietarme. Las manecillas del reloj no habían parado de girar desde que llegamos y, transcurridas unas tres horas, decidí preguntar por los resultados. En admisión no supieron darme una respuesta, y nos tocó seguir esperando hasta que, por fin, volvimos a escuchar mi nombre.

Crucé nerviosa el pasillo que llegaba a la consulta en la que me habían atendido previamente. Allí me esperaba de nuevo la joven que



había querido despacharme con aires destemplados en nuestro primer encuentro. Su actitud no había cambiado ni un ápice.

—Tienes que pasar la noche en observación —me dijo sin pestañear.

—¿Cómo? ¿Por qué? —No podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Hay algo que no cuadra en tu analítica, pero ya te lo explicaré mejor la hematóloga que está de guardia. —No había ni un mínimo de empatía en sus palabras y, antes de que pudiera asimilarlas, me volvió a dejar sola en la consulta.

Su falta de sensibilidad me descuadró por completo y la impotencia que sentía se tradujo en forma de lágrimas. No había estado ingresada en mi vida y de ninguna de las maneras se me había pasado por la cabeza la posibilidad de hacer noche allí. Así que mi primer impulso fue llamar a mis padres.

—*Ama*, me tengo que quedar en observación toda la noche y no me han aclarado todavía el porqué —acerté a decir con la voz entrecortada.

—No te preocupes, cogeré el bus nocturno y mañana por la mañana estaré allí —me respondió decidida.

El exceso de protección innato en las madres, que tantas veces había criticado en la mía, en aquel momento me resultó gratificante. Tanto como la llegada de Maite a la consulta en misión de rescate. Me abrazó nada más entrar y nos enjuagamos las lágrimas la una a la otra sin saber muy bien cómo encajar todo aquello. Juntas intentamos quitar hierro al asunto y nos encaminamos hacia la habitación en la que tendría que pasar la noche. Era un cubículo oscuro y frío que contaba con una sola cama. El espacio me pareció deprimente y Maite debió de tener la misma sensación, porque me cogió la mano y me sonrió mientras me decía:

—No te voy a dejar sola. Voy a pasar la noche aquí contigo.

—Pero ¿dónde vas a dormir? —repliqué.

—En el suelo. Pondré el abrigo y me echaré encima. Mañana no tengo que dar ninguna clase y prefiero quedarme aquí contigo.

Intenté impedirselo, pero no encontré la manera de convencerla. Además, en el fondo sabía que no me vendría mal su compañía. Le dejé mi abrigo para que tuviera algo con lo que cubrirse y llamé al director del programa que había empezado a presentar en octubre para ponerlo al corriente de la situación, ya que no iba a poder ir a trabajar al día siguiente. En cuanto colgué el móvil, una doctora hizo acto de presencia en la habitación y Maite nos dejó a solas. Se presentó diciendo que era hematóloga con una voz tan dulce que me hizo pensar en mi amiga Ana. Sin embargo, su ceño fruncido auguraba preocupación.

—Tu analítica no está bien y estamos hablando de algo muy grave. —Hizo una pausa para darme tiempo de asimilar sus palabras antes de hablarme del posible diagnóstico al que me enfrentaba—. Podría tratarse de una leucemia.

—¿Leucemia? ¡No puede ser! No, no, no...

—Mañana por la mañana te haremos más pruebas para cerciorarnos, pero todo apunta en esa dirección porque...

La doctora continuó hablando, pero yo ya no la escuchaba. Su voz se diluendo entre el frenético ritmo de mi corazón y los latidos que me bombardeaban la sien, mientras las garantías de un futuro comenzaban a resquebrajarse entre las palmas de mi mano.

## 2. Burbujas estancas

«**L**a leucemia es un cáncer de los glóbulos blancos: el cáncer en una de sus más explosivas y violentas encarnaciones. Su ritmo, su agudeza y su pasmosa e inexorable trayectoria de crecimiento fuerzan a tomar decisiones rápidas y a menudo drásticas; es terrorífico experimentarlo, terrorífico observarlo y terrorífico tratarlo». De esta guisa presenta la enfermedad el profesor, oncólogo y divulgador científico Siddhartha Mukherjee en su libro *El emperador de todos los males*, ganador del premio Pulitzer en 2011.

Yo apenas sabía nada de la leucemia ni de los derroteros que la llevaron a colarse en mi sangre, pero en cuanto la hematóloga pronunció su nombre, me sentí estremecer entre presagios de existencias caducas y podredumbre.

Incapaz de asimilar una sentencia que ponía en evidencia la fragilidad de mi propia vida, mi mente se colapsó. Entré en *shock* y me dejé embriagar por el inconfundible olor de mi abuela materna. Su presencia inundó de calidez las lúgubres paredes de la estancia y pintó de sonrisas mis penas. Permanecí inmóvil para evitar que su imagen se alejara mientras conectaba de nuevo con su esencia e inmortalizaba la ternura con la que volvía a acogerme en su seno.

Hacía un año que su corazón se desgastó de tanto amar. Se fue en silencio, aceptando su destino con la misma entereza con la que vivió. «Me estoy apagando», dijo antes de que se le agotaran las palabras. Lúcida hasta el final de sus días, con ella desaparecía la testigo de toda una generación representativa de nuestro pequeño universo vasco. El último aliento del linaje vinculado a nuestro caserío.

Sus manos, curtidas por el frío y el sol de tanto arar la tierra, eran la máxima expresión de la bondad, y estaba siempre dispuesta a dar lo mejor de sí misma. Creaba vida de cada semilla, una y otra vez, tratando de allanar los obstáculos que se interponían entre lo que cultivaba con entrega y pasión. La naturaleza era su laboratorio particular. La contemplaba, intentaba entender sus entresijos y recibía con humildad la cosecha para repartirla entre los suyos. No necesitaba nada más para ser feliz.

Sin embargo, el ciclo de la vida había abierto un gran paréntesis en uno de sus frutos. Era yo, su nieta mayor, sangre de su sangre, la que se estaba echando a perder, agrietando su cosecha más importante, la familiar. Mis raíces le pertenecían a pesar de haber recorrido caminos distintos y a veces distantes. Así que allí estaba para recordarme que el vigor de su savia impregnaba mi ser, que su arraigo a la tierra era mi gran fortaleza y que el espíritu de supervivencia corría por cada una de mis venas. Una presencia etérea capaz de infundirme sosiego y de protegerme de la tela de araña que el pánico comenzaba a hilvanar a mi alrededor.

Su contorno se fue desdibujando lentamente. Sus cabellos grises, sus mejillas sonrosadas, su sonrisa afable se fueron desvaneciendo, y, tras un ligero roce, también sus manos, llenas de surcos infinitos. Me reconfortó aquel encuentro fortuito, más allá de toda lógica, a pesar de que, al disiparse su figura volví a encontrarme con la silueta de la hematólogo y un discurso del que no quería ser protagonista.

—... tendremos que comprobar cómo está tu médula ósea. Pero ahora descansa. Mañana va a ser un día muy largo.

—¿Médula ósea?